

**NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA**



Año IV
Número 174

25 cts.

Protagonista

Charles Jones

EL TUMBÓN

Con este número se regala el regalo a manera de SORTEO MAYOR

BORZAGE, Frank

Novela Popular

Cinematográfica

La 32 bones, 1925
EL TUMBÓN

Argumento, en forma de novela, de la película del mismo título. La 32 bones, superproducción de la famosa marca Fox, de la que es concesionario, para España y Portugal, Hispano Foxfilm, Valencia, 280.

Protagonista : CHARLES JONES



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



PRIMERA PARTE

Nuestro héroe se llamaba Esteban Tutle, y era tan perezoso, tan lento en todas sus cosas, tan poco amigo de trabajar, que pronto sólo fué conocido por el mote de «El Tumbón», que le puso un día una persona de buen humor. Pero a él no le importaba gran cosa el mote, ni nada de este mundo. Con tal de que no le hicieran trabajar, se daba por contento.

Su madre, Marta Tutle, era una señora que se lo perdonaba todo, hasta la ociosidad crónica, porque tenía adoración por él. Y en toda ocasión y circunstancia defendía a su hijo de las críticas de los vecinos; y hasta llegaba a pelearse de mala manera con los más mordaces. Dicen que el amor es ciego. Quizá sea verdad este dicho por lo que al amor de madre se refiere. Ciegas son para los defectos de sus hijos. Nunca pagan éstos lo suficiente el gran cariño de sus madres. El de Marta por Esteban era un cariño acendrado, hondo, firme, indestruc-

tible. De aquí que hasta la gran pereza de que adolecía se la perdonara. Para ella, la verdad, parecía que aquella pereza no existía.

El techo de la casa de Esteban necesitaba una reparación, y había una puerta que también necesitaba ser arreglada. María esperaba que su hijo hiciera aquellas faenas, fáciles en extremo, pero el tiempo iba pasando y las tales reparaciones no eran hechas, lo que, en el fondo, disgustaba un poco a la buena mujer.

El día que comienza nuestra historia, Esteban se hallaba a la puerta de su casa, descansando como siempre, cuando pasó por ante él Agnes, una de las muchachas más bonitas del pueblo, alta, elegante, gentil, maravillosa como el sueño de un poeta.

Sin moverse de su sitio, Esteban le dirigió una fina galantería, que agradó sobremanera a la joven.

La madre de Agnes, que era una señora difícilísima de complacer y, por lo mismo, exigente, tiránica y antipática, tuvo ocasión de advertir lo que había sucedido entre su hija y Esteban, lo cual le hizo ponerse furiosa y disponerse a visitar a la madre del perezoso para tener con ella una explicación.

Pocos momentos después, por lo tanto, ya estaba al lado de María, a la que gritó con voz desagradable:

—No toleraré que a mi hija la corteje el hijo de usted, que además de holgazán es inútil.

—Mi hijo no es perezoso—repuso blandamen-

te aquella mujer.—Lo que pasa es que el pobre está cansado... de haber crecido demasiado de prisa... Fíjese usted en lo alto que está, sobre todo si se tiene en cuenta los pocos años que tiene... Todavía es un adolescente y, mirelo, parece un hombre...

Había tanta suavidad en estas palabras, que la madre de Agnes no se atrevió a decir nada más, no obstante su genio y la disposición que llevaba para hablar, como había empezado, en tono de crítica y de censura.

Un vecino que pasaba, viendo a Esteban, que aun permanecía en el mismo sitio y la misma posición que cuando se había dirigido a Agnes, le dijo, en voz alta:

—¡Ay, Esteban, qué gandul eres!

Esteban le miró, como si no fuese a él a quien se dirigiera, y no repuso nada. El otro agregó:

—¿Por qué no haces las reparaciones que el techo de tu casa necesita?

—¿Para qué?—repuso Esteban con tono convencido.—No veo la necesidad de ello. Si lloviera... quizá sí sería preciso.

Ante esta respuesta, el vecino se dejó sonriendo. Su madre y la de Agnes, que le habían oído, de buen grado le habrían contestado con un comentario, cada uno de ellos bien diferente, pero no se atrevieron, cohibidas las dos una ante la otra.

A poco, como Agnes volviera a pasar, de vuel-

ta para su casa. Esteban se dirigió a ella, más decidido de lo que era de esperar, y le dijo:

—Ya sé que he sido hasta ahora un haragán, Agnes, y que no he servido para nada. Pero te adoro y te prometo, si tú me quieres, regenerarme.

Como ella callara, agregó él:

Tengo un proyecto... de veras...

Cumplacida de que por su belleza hasta Esteban estuviera dispuesto a dejar de ser perezoso, Agnes se alejó con un gozo interior que la hacía feliz por entero.

SEGUNDA PARTE

Apenas había entrado la joven en su casa cuando cruzó la calle Elmar Ballister, el mejor mozo del pueblo, con el que todas las madres de niñas casaderas habrían casado a sus hijas con gusto. Pero Elmar estaba ya cogido por una de estas madres y, por lo tanto, las demás podían perder toda esperanza.

Precisamente a la casa de esta madre que ya le tenía cogido se dirigía el buen mozo. En cuanto llegó, aquella mujer le dijo:

—Elmar, sin duda te gustará saber que he escrito a mi hija Ruth para que vuelva aquí y para que venga dispuesta a casarse contigo...

—Claro, señora, que me gusta que haya escrito en ese sentido.

Ruth, la hija de aquella señora, no tardó en recibir la mencionada carta, concebida en los siguientes términos:

«Querida hija: No quiero ya seguir discutiendo contigo. Hace dos años que estás en el colegio, y, a menos que regreses a mi lado inmediatamente y te cases con Elmar Ballister,

iré por ti yo misma, sin más vacilación. Tu madre, *Rebeca Fanning*»

Ruth contestó, ante el temor de la presencia de su madre, que iría en seguida a reunirse con ella. Y partió, en efecto, hacia allí, pero sin avisar a su madre de su llegada. Era visible que tenía interés en ver antes a otra persona.

Así era, en efecto. Y a la persona que quería ver era a «El Tumbón» precisamente, y al cual dijo, cuando ambos estuvieron a solas:

Tú, Esteban, no dudarás de mí si te cuento la verdad. Tengo confianza plena en ti, porque sé lo bueno que eres. Eres bien diferente de mi madre, que no me creería, porque es dura, exigente y suspicaz.

—Dime lo que quieras decirme. No necesito jurarte que nadie sabrá nada.

—Mira. Cuando estaba en el colegio, conocí a un marino, de quien me enamoré como una loca... De aquel amor, tengo una niña... Hace unos días que nació... Tuve miedo de confesarla a mi madre esta historia... Ahora ya es tarde para contarla... Al poco de conocernos, el marino por mí amado y del que era amada, hubo de embarcarse... El buque en que iba se fue a pique... y nadie se salvó...

—Bueno. Veo que tu conflicto es la niña... Nada temas... Me la llevaré a casa y diré que me la he encontrado... Si te quedas aquí, todos los días podrás verla... Si te marchas, yo mismo

te la llevaré a donde me indiques y nadie sabrá nada...

—¿No me engañé al dirigirme a ti? ¿Qué bueno eres, Esteban!

—Y si tienes valor para confesárselo todo a



tu madre—continuó diciendo Esteban—y quiere Dios que ella sepa perdonarte, en mi casa estará la niña, de donde podrás recogerla.

—Gracias, Esteban. Siempre te viviré agradecida. Nadie habría acogido mi petición tan amablemente como tú.

Cambiaron algunas palabras más, cordiales y amistosas en grado sumo, como dos hermanos

que se quieren profundamente. Luego se separaron, seguros cada uno por sí de cumplir su deber hasta su último límite, por difícil que fuese.

A Esteban le había sido encargado aquel día un trabajo, que no pudo realizar por acudir al llamamiento de Ruth, aunque lo más probable es que no lo hubiese realizado de ninguna manera. Sin embargo, aquel día tenía disculpa de su no cumplimiento del trabajo, pero nunca la diría, aunque de nada le habría servido.

Lo cierto es que acababa de hacer algo importante, que no todos los hombres serían capaces de realizar, y que, más que nunca, era censurado por su pereza, especialmente por el que le había encargado aquel trabajo, que estaba haciendo a su costa comentarios mordaces en grado extremo. Y uno de sus oyentes, para final, afirmó:

—El pobre Esteban está siempre cansado de no hacer nada.

TERCERA PARTE

Como siempre que estaba fuera mucho rato, su madre supuso que estaría pescando en el río vecino. Así, cuando le vió llegar, le preguntó:

—¿Pescaste mucho?

—Mira—repuso Esteban, mostrando a su madre la niña de Ruth.

Toda llena de asombro, Marta cogió la criatura y dijo:

—Cuando se trata de pesca, mientes con toda tu alma, Esteban. Pero supongo que no querrás hacernos creer que has pescado a esta niña en el río. Sería demasiado...

—Pues, sí, la he pescado, aunque parezca demasiado. Es decir, pescado no, pero algo parecido... Verás... Estaba yo pescando cuando oí un ruido extraño, como de un gato que maullara... Presto atención... y veo que el ruido seguía... Me levanto, empiezo a dar vueltas y a acercarme al lugar de donde el ruido salía y ¡zas!, detrás de un matorral encontré a esta criatura...

Tomó aliento... Su madre le miraba con atención reconcentrada. Continuó:

—La cogí con cuidado, y me dije: «Bien.

Esta niña no irá a ningún asilo... Me la llevaré a casa y mi madre y yo cuidaremos de ella... Y aquí está... ¿He hecho mal? ¿Verdad que no?

Mirándole con severidad, quizá por primera vez, su madre le dijo:

—Te equivocas si crees que no pongo en duda esa historia de la niña encontrada entre las matas. Estoy segura de que me engañas, y bien sabes que no lo merezco.

Esteban iba a responder algo, pero lo impidió la llegada de Agnes. Había corrido ya la noticia de que Esteban se había encontrado una niña, y Agnes acudía personalmente a informarse del suceso.

Esteban le contó la misma historia que había contado a su madre, pero después, viendo que Agnes insistía en querer saber detalles, desvió la charla, dando una bruma a la joven sobre su probable casamiento con Elmar, por voluntad de su madre, a la que Agnes repuso:

—Si me dieran a escoger entre Elmar y una enfermedad, preferiría la enfermedad... Además, Elmar está ya comprometido. Entre todas las madres, una ha ganado la batalla. Yo creo que si todas las hijas fuesen como yo, las madres quedarían corridas. Elmar es un buen mozo, cierto, ¡pero tiene tan poca simpatía!

Complicó sobremanera a Esteban esta respuesta, pues sabido es que amaba a la joven. Queriendo disimular su alegría, dijo:

—Mi madre dice que esa criatura que he en-

contrado es una niña... y yo creo que ella debe saber de estas cosas...

Agnes se echó a reír con toda su alma, y se marchó.

Solos otra vez madre e hijo, Marta dijo a Esteban:

El hecho de que esta criatura esté aquí dará lugar a sin fin de comentarios en contra nuestra, que sólo se podrán evitar diciendo la verdad.

¿Qué importa que las gentes hablen, mamá! Lo importante es que tú tengas fe en mí.

—La tendría si me dijeras la verdad. Pero como no me la has dicho...

Ante estas palabras, Esteban bajó la cabeza. Su madre se le acercó y le dijo:

—Mírame cara a cara, Esteban... Bien sabes que Dios permite que las madres puedan ver hasta el fondo en las almas de sus hijos.

—Ya sé que podrías verlo todo, mamá... Pero no puedo hablar. Lo siento... Me lo impide una promesa... Algún día lo sabrás todo... Hoy no puedo decirte nada más de lo que ya te he dicho... Conténtate con ello y ten fe en mí, que obro bien. Juré no revelar el secreto de esa niña y no debes ser tú, que tanto me quieres, quien me obligue a faltar a mi palabra.

Conmovida por estas razones de su hijo, sentadas como ningunas otras suyas, su madre le dejó solo.

El salió en seguida al jardín, con la niña en los brazos, lo que despertó los comentarios de la vecindad. Quien más quien menos decía:

—Ahí está «El Tumbón» con la niña abandonada. Me gustaría saber quién es su descañada madre.

Elmar, enterado de la vuelta de Ruth, se presentó sin tardanza. La joven le recibió con desagrado, lo que hizo que él se lamentara de ella, poco después, ante la madre, a lo que ésta, segura, autoritaria, contestó:

—No tengas miedo, Elmar... Mi hija, quiera o no quiera, se casará contigo... y muy pronto... Confía en mí.

Y poco después, cuando ya Elmar se hubo marchado, llamó a su hija para tener una explicación con ella.

En cuanto Ruth estuvo en su presencia, le dijo con dureza:

—He dispuesto que te cases con Elmar, que es el sueño de todas las madres para sus hijas, y espero que consentirás gustosa en ello. Digo gustosa porque, de cualquier modo, te casarás con él. No quiero perder tan fácilmente una batalla que tanto me ha costado ganar.

—Jamás me casaré con ese hombre—repuso Ruth con firmeza.

—¿Qué disparate acabas de decir?

—He dicho que jamás me casaré con Elmar, y lo repito: ¡jamás!

—¿Por qué?

—¿Quieres saberlo?

—Sí, quiero saberlo, claro que quiero saberlo.

—Pues bien, ahora mismo lo vas a saber... No

me casaré con Elmar porque la niña que se ha encontrado Esteban es... mi hija...

—¿Qué... qué dices?...

—Eso... que esa niña es hija mía y del hombre a quien más he amado en el mundo... Ya no vive... por desgracia mía. Pero era mi esposo... Me casé con él sin decirte nada, porque sabía que te negarías a darme tu consentimiento... Ahora... ya lo sabes todo.

—¿De modo que para negarte a lo que yo he dispuesto no vacilas en mentir?

—Te juro, en nombre de Dios, que todo cuanto atañe de decirte es verdad.

—Bueno. Pasemos por que sea verdad. Ello no será obstáculo para que te cases con Elmar, como yo tengo acordado. Nadie sabe que te habías casado, ni que esa niña es tuya... Y si tú dices una sola palabra de esto a alguien, tú serás la primera en sentirlo. Oye lo bien: si dices algo, meteré a esa niña en la inclusa de cualquier ciudad lejana y nunca más sabrás nada de ella.

—Oh, qué crueldad!

—Si esto lo es para ti, también lo es para mí lo que acabas de revelarme. En todo caso, te devuelvo mal por mal, y no soy yo la primera en causarlo.

Rendida, Ruth no acertó a decir nada más. Pero a poco, sacando fuerzas de flaqueza, corrió a tener una entrevista con Esteban, que era su paño de lágrimas y al que, después de re-

ferirle toda la conversación habida entre ella y su madre, dijo:

—Tú, que eres tan bueno, Esteban, aconsejame lo que debo hacer.

—Haz, Ruth desgraciada, lo que te parezca



mejor para tu felicidad. ¿Qué voy a decirte yo, pobre de mí? Toda palabra mía sería torpe. Te cumpalezco con toda mi alma y te deseo mejor fortuna de la que hasta aquí has tenido. Si te casas con Elmar serás desgraciada, porque no es hombre capaz de dar felicidad a nadie, y menos a ti, que ya has amado con toda tu alma... Por la niña, creo que sabré guardarla de las asechanzas de tu madre... Y por mí, como

ya te dije el primer día, nadie sabrá nada. ¡Ni mi madre siquiera lo sabe...!

Ruth se fué de su lado consolada. Convenía que hubiese en el mundo muchos perezosos como Esteban, con tal capacidad de dar consuelo a cuantos a ellos se acercaran.

A poco de haberse ido de junto a él Ruth, llegó Agnes, que, malhumorada, le dijo:

—Mira, Esteban, si es verdad que me quieres, es preciso que renuncies a esa criatura. Te lo digo por última vez.

—Te quiero mucho, Agnes, mucho más de lo puedas figurarte. Pero lo que me pides es imposible. No puedo abandonar a esa niña. Al contrario, debo adoptarla legalmente.

—¿Sabes, al menos, quien es su madre?

—Acercas de eso no puedo decirte ni una palabra, amada mía.

—Pues bien. En ese caso, todo ha terminado entre nosotros.

Tan grande fué la impresión que esto causó en el ánimo de Esteban, que cayó enfermo.

Su madre le cuidaba con amor, y él, sintiendo que su corazón estaba destrozado, se esforzaba en decir:

—Esto no es nada, mamá.

CUARTA PARTE

Algunos años después, siendo ya Esteban hombre hecho y derecho, Kit, que así llamaban a la niña, empezaba a crecer y a ponerse bella como las más bellas niñas que haya en el mundo.

Ruth no se había casado con Elmar. Este permanecía soltero, ascendiendo en su profesión gracias a la influencia de las madres, que querían cazarle para sus hijas. Un día apareció en un periódico la siguiente noticia:

«Nuestro estimado Elmar Ballister ha sido nombrado presidente del Banco Provincial.»

Ello sirvió para que Ruth tuviera que oír, con disgusto que no sabía disimular, infinitas reconvencciones de su madre, que no podía perdonarle el fracaso de sus antiguas gestiones.

Sin embargo, ya no insistía tanto en sus quejas. Sólo rara vez hablaba de ello. Se lo impedía la profunda tristeza de su hija. En efecto, Ruth se iba consumiendo de tristeza. El recuerdo de su amado y el dolor de tener que vivir separada de su hija la hacían sufrir horribosa-

mente. Y nunca dispuso de tenerla a su lado, como podía, por ser hija legítima, temiendo que su madre llevara a cabo su amenaza, de lo que era capaz, con lo que la habría perdido del todo y para siempre.

Minada su existencia por aquellos sordos dolores, al fin cayó enferma, metiéndose en la cama para no levantarse más. Viéndose en trance de muerte, dijo a su madre:

—Estoy a punto de morir, madre. Lo noto y no vale que usted quiera negarlo. Por lo tanto, quiero estrechar a Kit, a mi hija, en mis brazos. Así, pues, espero que mande llamar a Esteban inmediatamente. Necesito hablar con él.

Esteban fué llamado y acudió sin tardanza. La enferma le estrechó las manos con cariño y le dijo:

—Esteban, quiero ver a mi hija antes de morir.

—Nada más natural. Voy a traerla ahora mismo.

Cuando la muchacha llegó, Ruth se moría. Se abrazaron, sin cambiar palabra y sin que la vida supiera el hondo significado de aquel abrazo. Esteban lloraba, conmovido como no lo había estado nunca, hasta las más profundas raíces de su sensibilidad. Luego, cuando ya Ruth había lanzado su último suspiro, queriendo consolar a los que rodeaban el lecho, siendo él, en verdad, el que necesitaba más consuelo, dijo con voz quebrada por los sollozos:

La muerte es un fenómeno natural... Las

gentes se cansan de sufrir... y abandonan el mundo...

De vuelta a su casa, Kit le dijo:

—¿Qué buena debía ser esa mujer que se ha muerto! Me miró con una tristeza tan apenada! ¡Ojalá yo hubiera podido consolarla de algún modo. ¿Verdad, tío, que era muy buena?

El «tío», pues así llamaba Kit a Esteban, respondió a la niña:

—Tal vez se sienta consolada si rezas por ella... Luego, a la noche, cuando te retires a descansar, dedícale tus oraciones.

—Lo haré, tío, te lo prometo. Me parecerá verla, tal como me miraba. Parecía quererme decir tantas cosas...

—Sin duda, pequeña, quería decirte muchas cosas... No pudo... Yo te diré algunas de ellas cuando pase algún tiempo... Ruth era muy buena... Te quería mucho, aunque sólo te había visto varias veces. Su madre, sin querer, la ha hecho desgraciada, pues no se puede creer que quisiera que sufriese. Sin duda, lo que quería es que fuese feliz, pero por caminos que no eran los que ella había escogido. Y en esto de la felicidad, querida niña, cada uno debe escoger su camino propio. No olvides nunca estas palabras. Y si alguna vez quisiera que torciera tu voluntad, aunque fuese con el mejor deseo, recuérdamelas. Bastará que nombres a la infortunada Ruth para que yo me dé cuenta de mi error...

—¿Qué bueno eres, tío Esteban! Jamás querré más tú que yo sea desgraciada. Lo sé. Al contrario, tú no eres como la madre de Ruth y no puedes equivocarte tan lamentablemente.

Aquella noche, cuando Kit se retiró a descansar, no echó en olvido la recomendación de que debía rezar por Ruth. A solas en su habitación, en la quietud de la noche callada y serena, se arrodilló y con fervor admirable e ingenuo oró, con palabras que le decía su corazón, dolorido todavía por la pena de haber visto morir a una persona y de saber que aquella persona había sido desgraciada. Por fortuna, no sabía que aquella persona era su madre, que entonces, con lo sensible que era, quizá la habría matado el dolor.

Su oración brotó así, con espontaneidad:

—Ha sido desgraciada... Ha vivido en la soledad y en la tristeza... ¡Señor, consuéla y recógela en tu seno!...

Calló un momento, y luego continuó, conmovida de sus propios pensamientos:

—Y si ha hecho algo malo... perdónala, Señor... en tu infinita misericordia...

Con lágrimas en los ojos, en recuerdo de la que había muerto, se retiró a descansar.

Si la desgraciada Ruth hubiera podido escuchar aquellos sollozos de su hija, nacidos del dolor de haber muerto ella, se habría sentido feliz. ¡Bien merecida tenía aquella partícula de felicidad inesperada, de la que ya no podía saberse la ternura y delicadeza de que nacía!

QUINTA PARTE

Pocos días después el sol lucía como de costumbre, aunque había sobradas razones para que se hubiera vestido de luto, pues era el año 1917 y el mundo estaba envuelto en el torbellino de la guerra más monstruosa que han visto los hombres.

El país de nuestros protagonistas intervino entonces en la contienda. Y Esteban, ya en edad para el servicio, hubo de partir para Europa, acaso para no volver.

En el último momento tuvo una frase de humor como despedida. Dijo a su madre, disimulando su desazón:

—Mamá, recuérdeme cuando regrese que tengo que arreglar la puerta... y el techo...

Y partió, con el alma dolerida porque abandonaba a los suyos, es decir, a su madre y a Kiti. A nadie más, al parecer, pues que con Agnes no había vuelto a cruzar la palabra.

Ya en Europa, fué enviado a las trincheras, donde fué recibido cordialmente, como un desgraciado más, con esa frase rítmica que sólo pronuncian los hombres cuando están muy unidos por el dolor o por la desgracia.

La rítmica palabra, que no es otra que «camarada», fué como un sedante para su corazón, apenado de la soledad en que se hallaba desde que salió de su hogar, tan pacífico y tan lleno de amor para él.



Algún tiempo después de estar en las trincheras, en las que anduvo cara a cara con la muerte, más de una vez un periódico de su lejana ciudad publicó una larga noticia, o relación de hechos de guerra, que llevaba estos titulares, en letras de honor, negras y grandes:

«Un vecino de esta población resulta héroe de la gran guerra. Esteban Tuttle»

hace prisioneros, sin ninguna ayuda, a veinte soldados enemigos.

Seguía el relato, pausado en extremo y lleno de loas y alabanzas para nuestro protagonista. En tonos dramáticos se hacía una detallada descripción del hecho, pidiendo, al final, para el héroe, que fuese nombrado hijo predilecto de la ciudad.

La madre, a todos los que iban a visitarla con aquel motivo, les decía con el gozo mayor que había sentido en su vida:

—Ya sabía yo que mi hijo era capaz de realizar cosas grandes.

Otras dos personas había que se sentían dichosas por aquello. Una era Kit, que ya estaba en la edad adolescente, y otra Agnes, que nunca había dejado de amar a Esteban.

Este, como era demasiado perezoso, hasta para escribir a su familia, diciendo que estaba vivo, una noche, como si tal cosa, se presentó en su hogar, de regreso de la campaña, que ya había terminado.

Como si volviera del pueblo vecino, entró en su casa y dijo a su madre:

—¡Buenas noches, mamá!

Se abrazaron con fervor, no sin que antes la madre lanzara un grito de alegría, grito que repercutió como un himno de triunfo en toda la casa.

Al oírlo, acudió Kit, que estaba en una habitación vecina. Al verla entrar, Esteban que-

dó maravillado. Estaba hecha toda una mujer. Alta, bellísima, de ojos grandes, profundos y de mirar suave y acariciante. Turpemente, por lo maravillado que estaba, Esteban la saludó. Ella se colgó a su cuello y le abrazó. Era su tío querido. Aquel abrazo le conmovió a él. ¿Qué había pasado en su alma? ¿Qué transformación se estaba verificando en lo más íntimo de su ser? ¿Por qué su corazón latía tan apresuradamente?

Como Kit saliera para algún menester, Esteban dijo a su madre:

—¿Cómo ha crecido! ¿Qué esbelta está? ¿Verdad, mamá? ¡Y qué bella es!

Antes de que María contestara a su hijo, Kit volvió. La acompañaba un joven simpático, que Marta se apresuró a presentar a su hijo.

—Este joven —dijo— es Dick Richie. Llegó aquí a poco de haber marchado tú y ha sido muy bueno para nosotras.

Se saludaron los dos hombres con cordialidad. Poco después Dick decía a Kit:

—Por las referencias que me dabas, supuse que tu tío era un anciano con barbas que le llegaban al pecho... Y veo que es bastante joven... y muy bien parecido. No me extrañaría nada que hubiese unas cuantas muchachas enamoradas de él.

Era una noche primaveral, aunque ésta no fuese la estación, y todo invitaba a sentir las cosas un poco románticamente. Como ya era un poco tarde, Dick se marchó. Kit se había

retirado a sus habitaciones. Esteban, todo gozoso, empezó a entonar una canción amorosa. Su madre, que le oyó, se acercó a él, también gozosa, tanto por verle de nuevo a su lado cuanto por advertir su contento que estaba, y le dijo:

—¿Qué tienes, Esteban? No te había visto tan contento, ni te había oído cantar desde que enamorabas a Agnes.

—Quizá esté enamorado de nuevo.

—Bueno, ¡ojalá! Ahora ve a darle las buenas noches a Kit, antes de que se duerma.

Ante estas sencillas palabras, Esteban se sintió confuso. Su madre lo advirtió y no dijo nada más. Se le quedó mirando, como si quisiera penetrar en lo que pensaba.

De pronto, él le preguntó:

—¿Verdad, mamá, que todavía no estoy muy viejo?

La madre, que le seguía mirando, toda atenta, no respondió nada. Empezó a temer en la probabilidad de que su hijo pudiera ser desgraciado. El, sin observar aquella inquietud de su madre, añadió:

—Estoy tan contento, mamá, que voy a trabajar desde mañana con ahínco para redimirme de todas mis culpas pasadas.

—Esteban—le dijo su madre,—ya sé lo que te ocurre. ¡Tú te has enamorado de Kit!

El se ruborizó y no repuso nada. Su madre salió en silencio. Veía llegar la desgracia, pues que Kit amaba a Dick.

A la mañana siguiente los más entusiastas del héroe pasearon toda la ciudad con un cartel que decía:

«Vengan todos a dar la bienvenida a nuestro héroe Esteban Tulle.»

Esteban, indiferente a lo que sucedía en la calle, estaba en su habitación, hablando consigo mismo. Se decía, como si hablara al objeto de su amor:

—¡Kit, te adoro! ¡Y por amor a ti voy a trabajar y a regenerarme!

Su madre le sorprendió en este coloquio. Hubiera querido decirle la verdad. Pero no se atrevió. Dijo solamente:

—Esteban, hijo mío, ¿qué piensas?

—Ana: ¡Kit, como tú adivinaste. Esta noche me declararé a ella...

SEXTA PARTE

Para no romper a llorar delante de él, por el dolor que presentía había de causarle el saber que Kit no podía corresponderle, salió de la estancia henchida de pena. ¿Cómo evitar la desgracia que se avecinaba? Se sentía impotente para ello.

Cuando llegó la noche, estando sentados junto a la mesa, después de la cena, los tres, o sea, Esteban, su madre y Kit, él dijo a la joven, mirándola muy fijamente:

—Kit, tus ojos brillan como si estuvieras enamorada.

—¿Quién sabe si lo estoy?—contestó ella con naturalidad.

Aquella respuesta, inesperada, llenó de tristeza el alma de Esteban. Tan triste se sintió, que se marchó a sus habitaciones antes de lo que tenía por costumbre. Y, clara, todo esto evitó que se declarara a Kit, como había dicho a su madre que haría, y como tenía pensamientos de hacerlo.

A solas en su habitación, se dijo:

—Bueno. Me declararé a ella el jueves, en ese baile que han organizado en honor mío. Hasta

resultará mejor que aquí en casa. Pero, ¿y si realmente está enamorada de otro, como se desprende de sus palabras de esta noche? ¡Dios mío, no lo permitas; pero, si así fuese, dame fuerza de voluntad para dominar mis sentimientos!



tos y dejarla que siga su camino. No permitas, Señor, que sea desgraciada por mi culpa. Sin embargo, ¡me gustaría tanto ser amado por ella!

Meditando en todo esto, se durmió como un justo.

A la mañana siguiente, relacionada con el

baile que se había organizado en honor de Esteban, Agnes recibió la siguiente carta:

«Señorita Agnes Panning: Tenemos el gusto de invitarla cordialmente al baile de bienvenida que se dará el próximo jueves en el jardín de Sneider en honor de nuestro héroe Esteban Tuttle.»

—Iré—se dijo Agnes.—Y si me mira, mi corazón saltará dentro de mi pecho de alegría. Y si me habla, me sentiré dichosa. Y si no ha olvidado nuestro antiguo amor, la felicidad entrará en mi alma para no salir ya nunca más de ella.

SEPTIMA PARTE

Llegado que fué el jueves, todos los invitados se apresuraron a acudir al jardín, tanto para divertirse como para rendir homenaje de admiración al hombre que había motivado, con sus hechos, que se hablara de la ciudad en todo el mundo.

Todos los que iban llegando se extrañaban de que una mujer, como una sombra, les gritara al cruzar por ante ella:

—¡Ruth, no me persigas más! ¡Vete!

Luego, aquella sombra agregaba, como si hablara con alguien:

—Es Ruth, que me señala con el dedo... Esa niña que Esteban encontró era hija de ella... y yo nunca consentí en que la viera a su lado... ¿Por eso me persigue?

« Aquella infeliz era la madre de Ruth, atormentada y enloquecida por los remordimientos.

No hubo ni un solo invitado que dejara de saludar con reverencia a Esteban. Tanto le rodeaban con atenciones, que no tuvo ni un momento para entrevistarse con Kit. Pero ésta era muy dichosa. Dick acababa de decirle:

—Kit, te amo con toda mi alma. ¿Quieres ser mi esposa?

—Yo también te amo, y consiento, feliz, en lo que me pides. Vamos a decírselo a mi tío Esteban, que se sentirá muy contento de saberlo.

Fueron, en efecto, y Esteban los oyó, sintiendo que su corazón se partía en mil pedazos. Pero se acordó de Ruth y tuvo fuerza para dominar sus sentimientos y decir a los jóvenes:

—¡Sed muy felices! ¡Con fervor os lo deseo!

Con los ojos húmedos de dolor y de pena miró a su alrededor. Tropezó su mirada con la de Agnes, que estaba fija en él. En medio de su tormento, aquellos ojos le enviaron una luz de esperanza en futura felicidad.

FIN

FIGURINES DE MODAS

Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

Album de Bal	Anual	10'—pts
Blouses Artistiques	Temporada	5'— "
Blouse Ideal	"	2'50 "
Chapeaux Modernes	4 veces año	3'50 "
Ideal Parisien	Mensual	3'— "
Joie des Modes de Paris	Temporada	4'— "
Manteaux et Costumes de Promenade	"	3'— "
Mode de Paris	"	3'— "
Mode Nationale	Mensual	1'25 "
New Ladies Fash'ons	10 veces año	6'— "
Patrons Favoris Dames	Temporada	3'— "
" " Ceremonies	"	5'— "
" " Blouses	"	5'— "
" " Enfants	"	1'— "
" " Lingerie	"	5'— "
" " Tailleur	"	5'— "
" " Gentlemen	"	5'— "
Fashions	"	5'— "
Patrons Favoris Travestis	Anual	5'— "
Paris Chic	Mensual	5'— "
Toilettes d'enfants	Temporada	2'50 "
Toilettes Modernes	"	2'25 "
Ultima Elegancia	Mensual	1'25 "
Tres Chic	"	4'— "

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores corresponsales y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona